

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8171

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONO NUMERO 2

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, EDIF. BAS.**

Jueves 31 de Enero de 1889

## CANTARES

Para bistechs Inglaterra  
Y para esencia el moro;  
Para chocolate, EL BARCO  
Que gana medallas de oro.  
Si hablas de té y calés  
Mira no melar la pata  
que los que elabora EL BARCO  
Tienen medalla de plata.

Los cafés empacutados y tea de la gran fabrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la *medalla de plata* en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la *medalla de oro*.

Requiere para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Riquelme, 3, Caridad, Cartagena.

**TAPICERO ADORNISTA  
SE NECESITAN COSTURERAS**  
Medieras, 6, segundo.

**La Olla**

**CENTRO DE NOVEDADES**

Vías y Sánchez  
María España, 46, Cartagena

Al contado cinco por ciento  
de descuento en las compras que  
excedan de 50 pesetas.

**Libros ligeros para taller de  
CONFECCIONES**

Terlopielos

## LOS CONSUMOS.

Es la más impopular de las contribuciones, y no parece sino que una vez inventada, ha inventado la forma de cobro, y se cobra en la forma.

Están con las palabras con que un tratado de un impuesto de consumos.

Hay quien remonta su antigüedad a los romanos; después, en la Edad Media, apareció la alcabala, estableciéndose en 1244 por D. Alfonso X, al impuesto regularizado, tal como lo conocemos. Pero su antigüedad y sus timbres, no pueden borrarse que sea intolerable, odioso y vejatorio su forma de cobro siempre ha sido de las más odiosas, y sus recaudadores y sus agentes, siempre fueron víctimas de las iras populares.

Los hacendistas lo proclamaban como antieconómico; los médicos de antigüedad, los estadistas de actualidad e impopular.

Es un impuesto que produce el más grande perjuicio a la actividad comercial, disminuye la acción de las fuentes de riqueza.

Es antihigiénico, porque entorpece las primeras materias, las materias alimenticias, salida de las poblaciones.

Antipolítico y antisocial, porque conarla la libertad, enciende el odio popular, gravita la riqueza pública y es un arma del caciquismo y del favor.

Sin embargo de estos cargos formidables

sobre el impuesto, hechos todos los días y proclamados en todas partes, el impuesto de consumos figura en todos los presupuestos del Estado y jamás se ha conseguido su completa desaparición ¿Es acaso que tiene alguna razón que la defienda? Para y simplemente parece ser la razón de conveniencia en un erario exhausto, y pobre y en la dificultad de ser sustituido por otro equivalente.

De manera, que mientras no aparezca una lumbrera rentística, hemos de ser víctimas de registros y depósitos, de radios y resguardos, y de los mil y mil medios vejatorios de los agentes cobradores, siempre contrarios a la voluntad de los más, porque son intereses que sobre ser encontrados, son odiosos por su naturaleza misma.

Los hacendistas, sin embargo, proponen varios otros impuestos, entre ellos el de cédulas personales, que está vigente, aunque parece que no, con la mira de sustitución, el de capitación, de antecedentes históricos y de un fracaso durante la administración de Figuerola, y el de manifestación de todas las rentas a igual que la célebre ley inglesa el *in come tax*.

Estas contribuciones, desconocidas entre nosotros, en la forma que pudieran sustituir al odioso impuesto, merecen detenido estudio por parte del pueblo español.

Debe proclamarse, que para constituir nacionalidad, hay que sostener las cargas inherentes al Estado, y por lo tanto, son una necesidad los impuestos.

Pero también es verdad, que los impuestos deben ser de la manera más llevadera y del modo menos vejatorio.

Y es evidente, y concluimos, que el impuesto de consumos, tal como existe, si no viene pronto a reformarse, en su manera de ser, establece en las poblaciones una atmósfera que asfixia.

## Varietades.

Solución a la charada inserta en el número anterior:

AGAPITO

### Charada.

Simbolo de la virtud.  
Es la primera con dos.  
Si a un hombre hago dos letras  
Llamo a mi perfidia.  
Nada me propio en su casa,  
En cuarta Juan se babó.  
Verbo es la tres y segunda.  
Siendo al todo conclusión.  
Una cosa con que alumbra.  
De noche mi habitación.

La solución en el número próximo.

### LA MUERTE DE GORDON

Contada por un testigo presencial.

Uno de los últimos números del Daily Telegraph, publica un extenso telegrama de Suakin, con detalles interesantes acerca de la muerte de Gordon, testimoniados por un griego que se hallaba en Khartum la triste noche que cayó en poder de los soldados del Mahdi.

Hace pocas horas hego a Suakin el poseedor de Khartum, después de una brevísima estancia en el general Grenfell que dura agenda horas, fue viéndolo por el correspondiente de Daily Telegraph, que se apresura a trasmitir a su periódico la interesante noticia del griego.

La conversación se refiere a los detalles de quien estos detalles se refieren, y le viva ansiedad con que todo el mundo civilizado seguía las peripecias de la heroica lucha en que perdió la vida, así como el misterio que hasta ahora cubría las circunstancias de su muerte, nos mueven a reproducir lo más esencial de la curiosa narración del único testigo presencial que hasta ahora ha dado cuenta del trágico fin de uno de los hombres más nobles y esforzados de nuestro siglo.

Esta narración, que el general Grenfell se apresuró a comunicar al gobierno británico, dice así en el texto publicado por el correspondiente del Daily Telegraph:

«Me llamo Demetrio Georgio y soy griego (de familia griega); pero nacido en Berber. Yo estaba en Khartum la noche que fue tomada. Las aguas del Nilo habían bajado de manera que una parte de la ciudad quedó indefensa.

—Y por qué—preguntó el correspondiente inglés—no construyó Gordon nuevas trincheras y defensas?

—Porque creía tener bastantes tropas, unos 3 000 soldados, me parece. Las entradas que deja el río y sus inmediaciones estaban custodiadas por fuerza numerosa, a las órdenes de Farigh Pachá. Aquella noche hizo salir las tropas de esta parte diciéndome que hacían falta soldados al otro lado. Gordon tenía en el exterior una fuerza principalmente de quitar del camino a los negros. El ataque se efectuó en dos puntos. En la noche mayor no hubo resistencia.

—¿Oe usted que los oficiales y los soldados hablan entrado en la conjuración?—preguntó el periodista.

—Yo no puedo contestar a eso. De lo que se sabe es que Farigh entregó la ciudad.

—¿Oe usted que si los ingleses hubieran llegado tres días antes se hubiera podido salvar la plaza?

—Si los ingleses—replicó Georgio—hubieran llegado una hora antes del ataque, aunque fuera en corto número, la plaza no se hubiera rendido y las tropas habrían combatido hasta el último instante. Farigh había enviado a decir al Mahdi: «Si no atacas esta noche todo se ha perdido.» Aquella noche no hubo más que sangre y llamas; la ciudad había pasado de poder de Gordon al del Mahdi; fue una noche horrible, espantosa, que recordaré mientras me quede un soplo de vida.

El aire repañó con eco infernal gritos angustiosos, alaridos de espanto, gemidos y lamentos y donde quiera se oía olor de sangre humana. Yo tenía tres amigos, griegos también, y me apresuré a ponerlos en salvo. Tenía yo dos uniformes de mahdista, que me había dado un árabe amigo. Di uno de los uniformes y yo me puse el otro.

—¿Oe usted a amanecer, y al dirigirse a mi casa con mis amigos, algunos árabes vinieron corriendo y me dijeron que debía ir al palacio del gobernador en el acto.

—¿Oe usted a qué hora preguntó?

—Rosque todos los oficiales del mahdi me contestaron: «Han ido allí a matar a Gordon Pachá.»

Entonces en este momento que uno de mis amigos me vestía uniforme del Mahdi, y yo dije: «¿Oe usted a qué hora preguntó?»

«¿Oe usted a qué hora preguntó?»

—Por qué parte entró Vd. en el palacio?

—preguntó el correspondiente.

—Por detrás. Nosotros entramos en el palacio por la parte donde está el sicomoro. Habían colgado abajo la puerta. Con Gordon estaba el médico mayor de las provincias del Sudán y Nicolás Lemendita, el cónsul de Grecia; 500 derwiches enviados por el Mahdi con órdenes especiales de coger vivo a Gordon, estaban al pie de la escalera.

Yo fui enviado por la gente del patio, que vociferaba: «¡Gordon Pachá! ¡Gordon Pachá! ¡Gordon! ¡Imperturbable frialdad, se retiró del balcón. «¡Haya Vd.!» le dijeron los otros dos. «Todavía es tiempo. Al pie de la puerta escusada está amarrado un bote.»—«¿Oe de huir y dejar mi puesto?» replicó Gordon con indignación: «Eso sería deshonesto. No huiré. Y entrando en su habitación se vistió de gran uniforme, y erizó la espada. Así lo vi salir con la cabeza alta, luciendo su aventajada estatura. En su rostro se veía un gesto de desprecio.

—¿A quién buscáis?—preguntó dirigiendo la mirada a la embrocada multitud de derwiches que se extendía a sus pies, y que continuaba ensordeciendo el aire con sus gritos.

—A Gordon Pachá—contestaron.

—¿Oe usted a qué hora preguntó?

—Los derwiches tenían orden de no matar a Gordon si a ninguno de los que estaban con él, sino únicamente de permanecer en el patio y guardar las salidas. Erán unos 500. Habían guardado su bandera en la puerta del edificio; y en cumplimiento de las órdenes que tenían, permanecían en el patio, mientras Gordon, en el momento que continuaba en lo alto de la escalera principal. En esto llegaron algunos generales del Mahdi, entre ellos Nass, hermano de Abu Girgen, y un sobrino de Abul Tahman El Nedjai Jumi.

Los derwiches les dejaron pasar viendo que eran personas de autoridad. Subieron la escalera y preguntaron por el Pachá. Gordon les salió al encuentro diciendo:

—Yo soy Gordon Pachá.

Al mismo tiempo les entregaba su espada a un oficial militar, indicando con esto que sabía que la plaza había sido tomada, y que por consiguiente se rendía de acuerdo con los usos de la guerra. Pero Nass se la arrancó violentamente al tiempo que descargaba un golpe traidor sobre el Pachá, que hubiera vendido caro su vida de sospechar que no se le trataría honrosamente. Gordon cayó al suelo y rodó las escaleras, y entonces uno de los generales le tiró en el costado izquierdo, con lo que le quedó el brazo. Así murió Gordon. Yo estuve presenciándolo todo hasta el fin.

Cuando Hady el Zobeir, tesoroero de Mahdi, que estaba al pie de la escalera, vió lo que había pasado, comenzó a dar voces diciendo:

—¡Wallah! ¡Te han matado! ¡Que Allah les pida cuenta de tu sangre! ¡Que Allah les pida cuenta de tu sangre!

—Durante tres días los árabes se ocuparon